

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS,  
VICTORIA SOBRE LOS PODERES DE ESTE MUNDO

**1. La Resurrección y encuentro personal con Cristo que ha vencido a la muerte.**

Entre el antes y el después de la resurrección del Señor se advierte en los Apóstoles un cambio radical. ¿Qué ha pasado? Tiene que haberles sucedido algo que explique, al menos psicológicamente, este cambio.

Los Apóstoles, conocemos este dato, se escandalizan ante la configuración paciente que toma el mesianismo de Jesús. Las citas bíblicas no dejan lugar a dudas<sup>1</sup>. En estos textos “escandalizarse” significa sentirse decepcionado y, en consecuencia, rebelarse ante una determinada modalidad de estar Dios en el mundo a través de Jesús. Dios quiere estar en Jesucristo como quien sirve y no como quien domina.

El escándalo de los discípulos culmina en su dispersión por Galilea después del prendimiento y de la muerte de Jesús en Jerusalén. Este dato es histórico<sup>2</sup>. Más tarde, los Apóstoles quieren justificar esta huida y dispersión con dos recursos: el cumplimiento de las Escrituras<sup>3</sup> y el mandato de Jesús<sup>4</sup>. Pero, en todo caso, el hecho es innegable: los discípulos escandalizados abandonan a Jesús<sup>5</sup>, y éste recorre solo el camino de la Pasión. El escándalo de la cruz disuelve también la unión mutua entre los discípulos y éstos se dispersan.

¿Cómo experimentan los Apóstoles la vivencia pascual en medio de ese panorama psicológico que acabamos de describir? Entre los dos momentos (muerte de Jesús y predicación apostólica) se dio la conversión de los discípulos, los cuales, a pesar de la escandalosa muerte de Jesús, reconocen su propia falta de fe. Su conversión implica esencialmente: la vuelta al camino de seguimiento de aquél que ellos habían abandonado y el rechazo de la causa que les llevó al abandono y la aceptación de la salvación/redención a través de la cruz; La nueva relación con aquel a quien retornan: Jesús como el Cristo.

La conversión de los Apóstoles consiste fundamentalmente en superar el escándalo de la cruz y en aceptar la configuración paciente del mesianismo de Jesús, y en consecuencia, de la propia misión apostólica<sup>6</sup>.

Esta conversión es también una experiencia de perdón. Los Apóstoles recuerdan a Jesús como aquel que encarnaba en el mundo la actitud de un Dios-Padre que perdona y ama sin condiciones. La experiencia pascual supone para los Apóstoles una particular vivencia de gracia, en virtud de la cual son readmitidos en la comunión con Jesús, descubriendo en él una salvación definitiva que no acaba con la muerte.

Los Apóstoles dispersos por la muerte de Cristo, se reúnen ahora de nuevo en la confesión unánime de la resurrección de Jesucristo. La comunión con quien, para ser Cristo

---

<sup>1</sup>. Mc 6,3 par; Mt 13,57; 26,31.35 par; Lc 7,23; 9,44s.

<sup>2</sup>. Mc 14, 27.

<sup>3</sup>. Zac 13, 7.

<sup>4</sup>. Mc 14, 28; cf. Mt 28,7.

<sup>5</sup>. Mc 14, 50.

<sup>6</sup>. Lc 24, 25s.

en gloria, ha tenido que ser antes Jesús en cruz, reinstaura entre los discípulos una comunidad recíproca.

Este proceso de personalización propia por unión con Cristo es el camino que lleva a los discípulos a constituirse en comunidad de Cristo. Lo que les une ahora es la comunión de fe en el Señor resucitado/glorificado. Esta fe es la razón de ser de la comunidad. La experiencia pascual es, por consiguiente, una experiencia eclesial.

La experiencia pascual es, pues, una experiencia de relación interpersonal absolutizada. En virtud de su fe pascual los discípulos descubren que la resurrección de entre los muertos ha absolutizado a la persona de Jesús por encima de todo lo conocido o desconocido, descalificando con ello a todas las restantes mediaciones del cosmos, de la razón o de la ley. En este descubrimiento inauguran con Cristo una nueva relación, auténtica y personal, en la que ellos mismos, convertidos y perdonados, se sienten a su vez absolutizados en cuanto creyentes. Ellos son de Cristo, y Cristo ya es Dios<sup>7</sup>. En esta relación, que personaliza al máximo, los discípulos se sienten transformados, pasando de la tristeza a la alegría, de la cobardía a la audacia, de la desesperación a la esperanza, de la esclavitud a la libertad de los hijos de Dios, de la frustración a la identificación de sí mismos.

Pero la Iglesia no sólo es comunión en la fe pascual, sino también misión apostólica. Si se prefiere mejor: la experiencia pascual no es solamente vivencia comunitaria, sino también responsabilidad misionera. A partir de la Pascua, los discípulos al mismo tiempo que testigos del Resucitado, se descubren enviados al mundo: «Id...»<sup>8</sup>. Y los Apóstoles la cumplen «dando testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús»<sup>9</sup>.

## 2. El sepulcro vacío

La resurrección es una verdad que, en su dimensión más profunda, pertenece a la Revelación divina: en efecto, fue anunciada gradualmente de antemano por Cristo a lo largo de su actividad mesiánica durante el período prepascual. Muchas veces predijo Jesús explícitamente que, tras haber sufrido mucho y ser ejecutado, resucitaría. Así, en el Evangelio de Marcos, se dice que tras la proclamación de Pedro en Cesarea de Filipo, Jesús «comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días. Hablaba de esto abiertamente» (Mc 8, 31-32). También según Marcos, después de la transfiguración, «cuando bajaban del monte les ordenó que a nadie contaran lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos» (Mc 9, 9). Después de la curación del epiléptico endemoniado, en el camino de Galilea recorrido casi clandestinamente, Jesús toma de nuevo la palabra para instruirlos: «El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres; le matarán y a los tres días de haber muerto resucitará». «Pero ellos no entendían lo que les decía y temían preguntarle» (Mc 9, 31-32). Es el segundo anuncio de la pasión y resurrección, al que sigue el tercero, cuando ya se encuentran en camino hacia Jerusalén: «Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y los escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán, y a los tres días resucitará» (Mc 10, 33-34). Otros destellos de este misterio se encuentran en la alusión al «signo de Jonás» (Cfr. Mt 12, 40) que Jesús hace suyo y aplica a los días de su muerte y resurrección, y en el desafío a los judíos sobre «la reconstrucción

<sup>7</sup>. 1 Cor 3, 21-23.

<sup>8</sup>. Mt 28, 7.10.19.

<sup>9</sup>. Act 4, 33.

en tres días del templo que será destruido» (Cfr. Jn 2, 19). Juan anota que Jesús «hablaba del Santuario de su cuerpo. Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús» (Jn 2 20-21). Una vez más nos encontramos ante la relación entre la resurrección de Cristo y su Palabra, ante sus anuncios ligados “a las Escrituras”.

Pero además de las palabras de Jesús, también la actividad mesiánica desarrollada por Él en el período prepascual muestra el poder de que dispone sobre la vida y sobre la muerte, y la conciencia de este poder, como la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5, 39-42), la resurrección del joven de Naín (Lc 7, 12-15), y sobre todo la resurrección de Lázaro (Jn 11, 42-44) que se presenta en el cuarto Evangelio como un anuncio y una prefiguración de la resurrección de Jesús. En las palabras dirigidas a Marta durante este último episodio se tiene la clara manifestación de la autoconciencia de Jesús respecto a su identidad de Señor de la vida y de la muerte y de poseedor de las llaves del misterio de la resurrección: «Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (Jn 11, 25-26).

Todo son palabras y hechos que contienen de formas diversas la revelación de la verdad sobre la resurrección en el período prepascual.

La resurrección constituía en primer lugar la confirmación de todo lo que Cristo mismo había hecho y enseñado. Era el sello divino puesto sobre sus palabras y sobre su vida. El mismo había indicado a los discípulos y adversarios este signo definitivo de su verdad. El ángel del sepulcro lo recordó a las mujeres la mañana del «primer día después del sábado»: «Ha resucitado, como lo había dicho» (Mt 28, 6). Si esta palabra y promesa suya se reveló como verdad también todas sus demás palabras y promesas poseen la potencia de la verdad que no pasa, como El mismo había proclamado: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35; Mc 13, 31; Lc 21, 33).

Así, la resurrección confirma la verdad de su misma divinidad. Jesús había dicho: «Cuando hayáis levantado (sobre la cruz) al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy» (Jn 8, 28). Los que escucharon estas palabras querían lapidar a Jesús, puesto que “yo soy” era para los hebreos el equivalente del nombre inefable de Dios. De hecho, al pedir a Pilato su condena a muerte presentaron como acusación principal la de haberse «hecho Hijo de Dios» (Jn 19, 7). Por esta misma razón lo habían condenado en el Sanedrín como reo de blasfemia después de haber declarado que era el Cristo, el Hijo de Dios, tras el interrogatorio del sumo sacerdote (Mt 26, 63-65; Mc 14, 62; Lc 22, 70): es decir, no sólo el Mesías terreno como era concebido y esperado por la tradición judía, sino el Mesías Señor anunciado por el salmo 109/110 (Cfr. Mt 22, 41 ss.), el personaje misterioso vislumbrado por Daniel (7, 13-14). Esta era la gran blasfemia, la imputación para la condena a muerte: ¡el haberse proclamado Hijo de Dios! Y ahora su resurrección confirmaba la veracidad de su identidad divina y legitimaba la atribución hecha a Si mismo, antes de la Pascua, del “nombre” de Dios: «En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, Yo soy» (Jn 8, 58). Para los judíos ésa era una pretensión que merecía la lapidación (Cfr. Lv 24, 16), y, en efecto, «tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo» (Jn 8, 59). Pero si entonces no pudieron lapidarlo, posteriormente lograron “levantarlo” sobre la cruz: la resurrección del Crucificado demostraba, sin embargo, que Él era verdaderamente Yo soy, el Hijo de Dios.

En el Cenáculo, antes de la pasión, había pedido al Padre que revelara que el Cristo Hijo del hombre era su Hijo eterno: «Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo para

que el Hijo te glorifique» (Jn 17, 1). «... Glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese» (Jn 17, 5). Y el misterio pascual fue la escucha de esta petición, la confirmación de la filiación divina de Cristo, y más aún, su glorificación con esa gloria que “tenía junto al Padre antes de que el mundo existiera”: la gloria del Hijo de Dios.

Así, leemos que durante la primera Pascua pasada en Jerusalén, tras haber arrojado del templo a los mercaderes y cambistas, Jesús respondió a los judíos que le pedían un “signo” del poder por el que obraba de esa forma: «Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré... Él hablaba del Santuario de su cuerpo. Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús» (Jn 2,19-22).

También la respuesta dada por Jesús a los mensajeros de las hermanas de Lázaro, que le pedían que fuera a visitar al hermano enfermo, hacía referencia a los acontecimientos pascales: «Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (Jn 11, 4). Su verdadera glorificación vendría precisamente de su elevación sobre la cruz (Cfr. Jn 12,32). Los discípulos comprendieron bien todo esto después de la resurrección.

Particularmente interesante es la doctrina de San Pablo sobre el valor de la resurrección como elemento determinante de su concepción cristológica, vinculada también a su experiencia personal del Resucitado. Así, al comienzo de la Carta a los Romanos se presenta: «Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios, que había ya prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos; Jesucristo, Señor nuestro» (Rom 1, 1-4).

Pablo había expuesto esta misma doctrina en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, en sábado, cuando, invitado por los responsables de la misma, tomó la palabra para anunciar que en el culmen de la economía de la salvación realizada en la historia de Israel entre luces y sombras, Dios había resucitado de entre los muertos a Jesús, el cual se había aparecido durante muchos días a los que habían subido con Él desde Galilea a Jerusalén, los cuales eran ahora sus testigos ante el pueblo. «También nosotros (concluía el Apóstol) os anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito en los salmos: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy» (Hech 13, 32-33; Cfr. Sal 2, 7).

Para Pablo lo que se había realizado en su experiencia personal también lo proponía a los fieles como una regla de pensamiento y una norma de vida: «Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor... para ganar a Cristo y ser hallado en él... y conocerle a él el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos» (Flp 3, 8-11). Y entonces su pensamiento se dirige a la experiencia del camino de Damasco: «Habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús» (Flp 3, 12).

En la resurrección se reveló el hecho de que «en Cristo reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 2, 9; cfr. 1, 19). Así, la resurrección “completa” la

manifestación del contenido de la Encarnación. Por eso podemos decir que es también la plenitud de la Revelación.

### 3. Las celebraciones eclesiales de la resurrección del Señor

La resurrección de Cristo está tan presente en la memoria de la Iglesia, que ésta ha reservado múltiples recursos litúrgicos para recordarla y celebrarla. Hemos de recuperar el sentido y ahondar en la práctica de estas celebraciones.

3.1. *Los Laudes dentro de la Liturgia diaria de las Horas.* Esta hora que se tiene con la primera luz del día, trae a la memoria el recuerdo de la resurrección del Señor Jesús, que es la luz verdadera que ilumina a todos los hombres (cf. Jn 1,9) y «sol de justicia» (Mal 4,2), que nace «de lo alto» (Lc 1,78). Así, se comprende bien la advertencia de san Cipriano: «Se hará oración a la mañana para celebrar la Resurrección del Señor con la oración matutina».

#### 3.2. *El domingo, la Pascua Semanal.*

Celebramos esta reunión general (la Eucaristía) el día del Sol, por ser el día primero, en el que Dios hizo el mundo, y el día también en que Jesucristo resucitó, y apareciéndose a sus apóstoles y discípulos, nos enseñó estas mismas doctrinas que nosotros exponemos (San Justino, Apol., 1,67,7)

Cuando fue creado el pueblo nuevo, según las palabras «El pueblo creado alabaré al Señor» (Ps 101,19), ya no era necesario que éste observara el fin de la creación primera, sino que buscara el principio de la segunda. ¿Y cuál es éste sino el día en que el Señor resucitó? En él dio comienzo la nueva creación de la cual dice San Pablo: «Si uno está en Cristo, es nueva criatura» (2 Cor 5,17). Dios descansó una vez terminada la primera creación, por eso, los hombres de la generación precedente observaban el sábado, el séptimo día; pero la segunda creación no tiene fin: por eso Dios no ha descansado, sino que "sigue trabajando hasta el presente"(Jn 5,17). De ahí que nosotros no celebremos el sábado (=no descansemos) ese día en memoria del primero, sino que esperamos el sábado de los sábados venideros, que no son considerados por la nueva creación como un fin, sino revelados y celebrados perpetuamente" (San Atanasio, PG 28,133).

#### 3.3. *La Pascua anual y la Vigilia pascual*

«Esta es la noche en la que, por toda la tierra, los que confiesan su fe en Cristo, son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado, son restituidos a la gracia y son agregados a los santos. Esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo...¿Qué noche tan dichosa! Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos. Esta es la noche en la que estaba escrito: 'Será la noche clara como el día, la noche iluminada por mi gozo'. Y así esta noche santa ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos» (Pregón Pascual).

«Téngase como sagrado el ayuno pascual, ha de celebrarse en todas partes el Viernes de Pasión y Muerte del Señor, y aún extenderse según las circunstancias, al Sábado Santo, para que de este modo se llegue al gozo del domingo de Resurrección con ánimo elevado y entusiasta» (Concilio Vaticano II, Constitución sobre la Sagrada Liturgia, 110)

### 4. PETICIÓN: Dame, Señor, la gracia de alegrarme por tu resurrección y por la vida nueva que, gracias a ella, nace en mí y en el mundo.

## 5. Contemplación de las apariciones.

NOTA: Leer lentamente, contemplando, los diversos pasajes de las apariciones. Para ello, conviene recordar: la composición de lugar, ver las personas, escuchar lo que dicen, fijarse en lo que hacen, de manera que me haga presente a lo que sucede, y todo ello para mejor conocer y amar. No hay que leerlo todo o, al menos, de una sola sentada.

1. Jn 20, 11-18: La aparición a María Magdalena. Va en busca de un cadáver y se encuentra con Jesús. María está prisionera del pasado y Jesús le abre un futuro: «Vete y dile a mis hermanos».

2. Jn 20, 19-29: La aparición da los apóstoles sin Tomás y con Tomás. Jesús resucitado trae la alegría, la paz y el espíritu. Pero Tomás no se lo cree si no toca y ve con los ojos de la cara. Invitación a fiarse.

3. Lc 24, 13-35: Aparición a los dos de Emaús. Aquí hay dos caminos: uno de ida, de desolación, y otro de vuelta, de alegría. Entretanto ha pasado una cena y un encuentro que cambió su vida interior.

4. Lc 24, 44-53: Aparición a todos los apóstoles. Estaban llenos de miedo, aterrados y se presenta Jesús infundiéndoles paz y consolando. Celebra una Cena con ellos y les da las últimas instrucciones.

5. Jn 21, 1-25: La aparición del lago Tiberíades. No han pescado nada sin Jesús; la pesca llegará cuando Jesús esté entre ellos. La comida, el reconocimiento de Jesús como Señor y la confirmación de Pedro.

6. Mt 28, 16-20: Jesús envía a los apóstoles. Para ser continuadores de su misión y extender su reino, con la promesa de que Él siempre estará con ellos.

## 6. *Los poetas cantan la Resurrección.*

### Alabanzas en Cristo resucitado

Alabado sea Dios en la victoria de Cristo resucitado,  
alabado en el Templo de la Nueva Creación;  
alabado en la sabiduría de la cruz,  
alabado en la fuerza de la debilidad;  
alabado en la alegría de ser pobre,  
alabado en la libertad de ser veraz;  
alabado en el amor a los enemigos,  
alabado en el trabajo que construye la paz;  
alabado en la mirada que desvela esperanza,  
alabado en la superación del miedo a la muerte;  
alabado en el sacrificio voluntario por el bien común,  
alabado en el llanto que florece en canciones;  
alabado en los cielos nuevos al alcance del hombre,  
alabado en la tierra nueva habitada por la gloria de Dios;  
alabado en el destino eterno de toda obra de amor,  
¡que el hombre resucitado irradie el gozo de su Señor!

(Salmo 150)

## Oda a Cristo resucitado

Mi corazón se agita con un hermoso canto;  
las fibras de mi ser se templan de alegría  
para decir la gloria de tu inmensa belleza.

Eres toda la luz que el mundo necesita;  
eres todo el amor que el corazón reclama  
eres toda la paz que estalla en armonías.

Avanza victorioso sembrando la justicia  
que solo de ti esperan los pobres y abatidos:  
¡destierra para siempre la opresión y el escarnio!

Un pueblo libre surge vitoreando tu paso,  
reconociendo, oh, Rey, que has vencido a la muerte  
y a todos nos conduces a los eternos pastos.

El favor de tu Dios te ensalza y te corona  
con la pura alegría de saberte el primero  
entre muchos hermanos en tu victoria ungidos.

Eres el que fecunda todas nuestras tristezas;  
eres el Nuevo Esposo, portador de ternuras,  
que convierte en vergel los más adustos páramos.

En ti toda verdad nos aguarda y trasciende;  
En ti toda bondad nos acoge y eleva;  
En ti toda belleza en Dios nos introduce.

Mi corazón se agita con un cántico de fiesta:  
Has tocado mi lengua con tu inasible gracia  
Y mi carne rebosa de admiración y asombro

(Salmo 45,1-10)

ANTONIO LÓPEZ BAEZA, *Gritos de dolor y de alegría. Orar desde el misterio de la vida*  
(Santander 2019) 55 y 230-231